



**Saludo al inicio de la CXV Asamblea Plenaria de la C.E.B.
Cochabamba, y
7 - 12 de noviembre de 2024**

Excelentísimo Mons. Aurelio Pesoa Ribera, O.F.M., Presidente de esta Conferencia Episcopal;
Eminentísimo Cardenal Toribio Porco Ticona;
Excelentísimo Mons. Ricardo Ernesto Centellas Guzmán, Arzobispo de Sucre y Primado de Bolivia;
Excelentísimos Obispos; Sacerdotes, Diáconos, Religiosas y Religiosos;
Colaboradores de la Conferencia Episcopal;
Miembros de la Prensa; Señores y Señoras:

Queridos hermanos en el episcopado. Es una alegría para mí volver a reunirnos en esta centésima decimoquinta Asamblea Plenaria de los Obispos en Bolivia.

La Iglesia y la sociedad enfrentan situaciones difíciles en el mundo actual. Sin embargo, como pastores debemos de estar siempre a la altura para poder guiar con amor, justicia y verdad al pueblo que Dios nos ha encomendado.

Como Iglesia, el Papa Francisco nos llama a vivir intensamente nuestra filiación al Hijo de Dios y vivir con responsabilidad nuestra identidad como cristianos.

Hemos seguido con atención la decimosexta Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que ha concluido recientemente. El documento final de dicha Asamblea será la que guíe los pasos de la Iglesia hacia su renovación. Quisiera retomar algunos elementos de la homilía que el Papa Francisco pronunció en la clausura de dicho Sínodo. Él nos invita a ser una Iglesia en camino. Haciendo alusión a la condición del ciego Bartimeo, el Santo Padre nos urge a no permanecer sentados, nos dijo que “para vivir de verdad no podemos permanecer sentados: vivir es siempre ponerse en movimiento, caminar, soñar, hacer proyectos, abrirse al futuro” (Homilía del Santo Padre Francisco, Clausura de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, 27 de octubre de 2024).

Esto lo dijo en alusión a la condición en la que se encontraba el ciego Bartimeo (cfr. Mc 10:46-52), quien refleja a aquella persona “descartada y sin esperanza”, olvidada por el mundo, sentada ahí esperando la caridad del pueblo. Es por eso que cuando escucha que Jesús está cerca empieza a gritar, era lo único que le quedaba por hacer, gritar su propio dolor y su propia condición.

Esta postura de estar sentado, nos advierte el Papa Francisco, es aquella de una persona encerrada en su propio dolor, como si no le quedara más por hacer. También representa a “aquella ceguera interior que nos bloquea, que nos hace quedarnos sentados, inmóviles, al margen de la vida, sin esperanza” (*Ibid*). En este contexto, el Santo Padre, nos indica que “a lo largo del camino, muchas cosas nos pueden volver ciegos, incapaces de reconocer al Señor, incapaces de afrontar los desafíos de la realidad, y, a veces, inadecuados para saber responder a los muchos interrogantes que nos interpelan” (*Ibid*). Por tanto, nos exhorta que ante “los retos de nuestro tiempo, a las urgencias de la evangelización y a tantas heridas que afligen a la humanidad, no podemos quedarnos sentados (...) ya que se corre el riesgo de retirarse de la vida y ponerse en sí misma a los márgenes de la realidad” (*Ibid*).

Queridos hermanos, es ahora cuando el Sínodo sobre la sinodalidad y el inminente inicio del Jubileo 2025, cuyo lema es “Peregrinos de la esperanza”, se abrazan en un único anhelo y avanzan en un único camino tras una sola búsqueda, que es la de llegar al encuentro vivo, personal y comunitario con el Señor Jesús, autor de nuestra salvación, principio de la unidad y de la paz (*Lumen Gentium*, 9), razón de nuestra esperanza (I Tim. 1,1).

Si en el camino sinodal trazado por la última Asamblea de los Obispos se ha esperado consolidar la fe y se ha buscado la verdad en la caridad, ahora ha llegado el tiempo de la esperanza. Como Iglesia tenemos una sola fe, la misma caridad y una común esperanza, pero es ésta la que nutre y fortalece nuestro camino hacia Dios: “es la más pequeña de las virtudes, pero la más fuerte” (cfr. Papa Francisco, 25 de septiembre de 2013 y 7 de mayo de 2020).

En efecto, la Iglesia es una comunidad de esperanza, porque si bien camina por la tierra lo hace como una comunidad del cielo. Así nos lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “La esperanza es la virtud teologal por la que deseamos y esperamos de Dios la vida eterna como nuestra felicidad, confiando en las promesas de Cristo, y apoyándonos en la ayuda de la gracia del Espíritu Santo para merecerla y perseverar hasta el fin de nuestra vida terrena” (n. 387) y

prosigue: “La esperanza aguarda confiadamente la bienaventurada visión de Dios y su ayuda, evitando la desesperación y la presunción” (n. 442).

En efecto, “Si falta la esperanza, nos dice el Papa Francisco, todas las demás virtudes corren el riesgo de desmoronarse y acabar en cenizas. Si no hubiera un mañana fiable, un horizonte luminoso, solamente podríamos concluir que la virtud es un esfuerzo inútil” (Papa Francisco, Audiencia General del 8 de mayo 2024). Se trata evidentemente de la esperanza como virtud teológica. Por ello el Papa Benedicto XVI, nos recuerda que: “Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente” (Carta Encíclica, *Spe Salvi*, 2).

Si la Iglesia es una comunidad de esperanza, también se ha dicho que América es el Continente de la esperanza, llamado así por varios Pontífices a partir de Pablo VI, por su arraigado sentido religioso y por su riqueza humana, características que la Iglesia debe consolidar y perfeccionar mediante la catequesis, la predicación, los actos de culto, la vivencia de los sacramentos, la inserción en la vida parroquial, la cercanía a la gente y haciendo conocer y profundizar el valor trascendente de la vida y de su obrar. En otras palabras, la Iglesia tiene como misión “anunciar a Cristo” (*Evangelii nuntiandi*, 53), para que el hombre se abra a Él y permita que el Evangelio penetre en su corazón y en su cultura y le haga esperar la salvación que le ofrece Cristo.

En el cuadro de las responsabilidades comunes para nosotros, está el hecho de que la esperanza de la Iglesia y la salvación de las almas han sido confiadas al ministerio sacerdotal (cfr. *Optatam totius*, 22). Tenemos pues que alimentar continuamente aquel *Sursum corda*, que sostiene nuestra confianza en Dios y que debemos inculcar en nuestros hermanos, conscientes de que la esperanza alimenta y fortalece nuestro camino hacia Dios. Bien lo dice el Papa Benedicto XVI: “Se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza” (Misa de apertura del Año de la Fe, 11 de octubre 2012).

Este “sentido del Corazón elevado al Señor” (*Sursum corda*), es el que tiene que estar presente en cada momento y en cada circunstancia de nuestra vida. Como nos lo dice el Papa Francisco en su reciente documento sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo: la Carta Encíclica *Dilexit Nos* (DN).

En él, el Santo Padre nos dice que si “el corazón está devaluado también se devalúa lo que significa hablar desde el corazón” (DN 11). Ya que, como nos dice el Evangelista Mateo: todo “lo que sale de la boca proviene del corazón” (Mt. 15:18-19) y de ahí salen las buenas o malas intenciones. Por lo tanto, un corazón

devaluado trae como consecuencia la pérdida de la moralidad, de la confianza, de la estima, de la búsqueda de la verdad y del bien común. Es por eso que debemos cuidar nuestro corazón cultivándolo con aquellos sentimientos que nos unen a Dios y a nuestros hermanos. Ya que “el corazón hace posible cualquier vínculo auténtico, porque una relación que no se construye con el corazón es incapaz de superar la fragmentación del individualismo” (DN 17), puesto que “todo se unifica en el corazón” (DN 19).

De aquí que el Papa manifieste con tristeza que “viendo cómo se suceden nuevas guerras, con la complicidad, tolerancia o indiferencia de otros países, o con meras luchas de poder entorno a intereses parciales” (DN 22) se pueda pensar que la sociedad mundial este perdiendo el corazón (cfr. *Ibid*).

El Santo Padre, no pierde la esperanza y como cristianos y católicos, nos alienta a cambiar con un corazón limpio y generoso nuestras realidades. Él dice: “nuestras comunidades sólo desde el corazón lograrán unir sus inteligencias y voluntades diversas y pacificarlas para que el Espíritu nos guie como red de hermanos, ya que pacificar es también tarea del corazón” (DN 28). De ahí, si queremos un cambio real en nuestra sociedad debemos unir nuestro corazón al corazón de Cristo ya que “nuestro corazón unido al de Cristo es capaz de este milagro social” (*Ibid*).

Haciendo suyas las palabras de San Juan Pablo II, el Papa Francisco nos dice que “entregándonos junto al Corazón de Cristo ‘sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo’; esto ciertamente implica que seamos capaces de ‘unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo’; pues bien, ‘esa es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador’” (DN 182). Y ya que “la reparación evangélica posee este fuerte sentido social, nuestros actos de amor, de servicio, de reconciliación, para que sean eficazmente reparadores, requieren que Cristo los impulse, los motive y los haga posibles” (DN 184). Es por eso, que para que exista una verdadera reparación del corazón y del tejido social “no basta la buena intención, es indispensable un dinamismo interior de deseo que provoque consecuencias externas” (DN 187), que busquen siempre la verdad y el bien de la comunidad.

Queridas hermanos en el Señor, terminamos un año talvez lleno de incertidumbre, de preguntas, de desalientos, de frivolidades, sin embargo, el cristiano tiene su corazón puesto en el Corazón sagrado del Señor, el cual nunca defrauda. Es a partir de esa fe en Cristo que renovamos día a día la esperanza de

contemplar un mundo más justo, más humano, más cercano el uno del otro, en una palabra, como dice el Papa Francisco, un mundo que tiene corazón.

Empezaremos, como católicos, un año renovando nuestra fe en Jesucristo en el año jubilar que nos anima a caminar juntos, como un pueblo solo, en el que como “Peregrinos de la Esperanza” unimos nuestras fuerzas para construir una sociedad en el que el corazón de cada uno está vivo, ansioso de buscar nuevos caminos de unidad, viviendo la esperanza de un mundo mejor.

También el pueblo boliviano tendrá su jubileo el próximo año, conmemorando el bicentenario de su independencia. Como Iglesia nos unimos alegres a las festividades para forjar esa Bolivia que todos soñamos. Desde nuestra condición de hombres de fe, invito a todos los obispos y al Pueblo de Dios, cada uno en sus propias circunscripciones eclesíásticas, nos unamos para que, a través de la oración asidua, la celebración de los Sacramentos, especialmente el de la Penitencia y la celebración Eucarística, la adoración al Santísimo Sacramento, la renovación de nuestra fe en el Sagrado Corazón de Jesús y de María, pidamos al Señor derrame sus abundantes gracias en este doble jubileo sobre el pueblo boliviano.

Como ¡Peregrinos de la esperanza! y pastores del Pueblo de Dios, animemos con amor a la grey que se nos ha confiado, como siempre nos exhorta el Papa Francisco ¡No nos dejemos robar la esperanza! (*Evangelium gaudium*, 86).

Por ello, queridos hermanos, no nos abatamos ante el mal, sino más bien reafirmemos nuestra plena confianza en el Señor. Amorticemos el dolor, la enfermedad y los pasos difíciles con la mirada en la Cruz que redime y salva. Evitemos que la construcción de la vida terrena llegue a secularizar o anular la visión de aquella otra que nos espera y que nos trasciende. Que nuestra mirada tenga en la mira aquel encuentro definitivo con Cristo y por ello no dejemos que el otoño anule la primavera para no correr en vano.

Busquemos en María, Madre de la Iglesia y Madre de la espera, la Maestra que camina con nosotros y que nos enseña que al “ya” de la venida redentora de Cristo a la tierra, falta completar el “todavía” de nuestra diaria, fiel y sinodal peregrinación hacia el puerto final.

Dios los bendiga.

✠ Fermín Emilio Sosa Rodríguez
Nuncio Apostólico